

ACTO CUARTO

La calle.

JETTER y MAESTRO CARPINTERO

JETTER.—¡Eh! ¡pst! ¡Eh, vecino! ¡Una palabra!

MAESTRO CARPINTERO.—Sigue tu camino y ve tranquilo.

JETTER.—Una palabrita sola. ¿No hay nada de nuevo?

MAESTRO CARPINTERO.—Nada, sino que de nuevo se nos prohíbe hablar.

JETTER.—¿Cómo?

MAESTRO CARPINTERO.—Acércate aquí á esta casa ¡Cuidado! El duque de Alba, á raíz de su llegada, dió una orden en virtud de la cual, dos ó tres hombres que se reunan en el medio de la calle son declarados, sin más forma de proceso, reos de alta traición.

JETTER.—¡Misericordia!

MAESTRO CARPINTERO.—Está prohibido, bajo pena de prisión perpetua, hablar de las cosas del Estado.

JETTER.—¡Oh, nuestras libertades!

MAESTRO CARPINTERO.—Y no se pueden censurar los actos del gobierno, bajo pena de muerte.

EGMONT

343

JETTER.—¡Oh, nuestras cabezas!

MAESTRO CARPINTERO.—Y se invita con grandes promesas á los padres, madres, hijos, parientes, amigos y criados á que denuncien, ante el tribunal especial establecido, cuanto pase en el interior de las casas.

JETTER.—Vámonos á la nuestra.

MAESTRO CARPINTERO.—Y prométeseles á los obedientes que no sufrirán daño alguno, ni en sus cuerpos, ni en su honra, ni en sus bienes.

JETTER.—¡Qué bondad! Por algo me sentí yo disgustado en el momento de entrar el duque en la ciudad. Desde entonces paréceme que el cielo está cubierto con un velo negro, y cuelga tanto, que todos tenemos que agacharnos para no tropezar en él.

MAESTRO CARPINTERO.—¿Y qué te han parecido sus soldados? ¡Diantre, estos no son los de costumbre!

JETTER.—¡Ah! El corazón se oprime cuando se ve venir una compañía por la calle abajo, tiesos como cirios, con las miradas fijas, todos á un mismo paso. Y cuando están de centinela y se pasa por delante, parece que le quieren traspasar á uno con la mirada. Y es su aspecto tan seco y gruñón, que parécenos ver en cada esquina un carcelero; no me gustan nada. Nuestra milicia sí que era alegre. Ellos se tomaban sus libertades; se ponían con sus piernas abiertas, su sombrero sobre la oreja; vivían y dejaban vivir. Pero estos bribones son como máquinas, con el diablo dentro.

MAESTRO CARPINTERO.—Cuando alguno de ellos grita: ¡Alto! y apunta, ¿crees tú que se detiene alguien?

JETTER.—Yo, me quedaría muerto.

MAESTRO CARPINTERO.—Vámonos á nuestra casa.

JETTER.—Esto no va bien. ¡Adiós!

Sale SOEFT.

SOEFT.—¡Amigos, compañeros!

MAESTRO CARPINTERO.—¡Cállate, y déjanos!

SOEFT.—¿Sabéis?

JETTER.—Demasiado.

SOEFT.—Se ha ido la Regente.

JETTER.—Entonces, ¡Dios nos favorezca!

MAESTRO CARPINTERO.—¡Ella aun nos sostenía!

SOEFT.—Fué de repente y callandito; no podía avenirse con el duque; mandó á decir á la nobleza que volvería, pero nadie lo cree.

MAESTRO CARPINTERO.—¡Dios perdone á la nobleza, que nos ha dejado echar al cuello este nuevo yugo, habiendo podido evitarlo! ¡Adiós nuestros privilegios!

JETTER.—¡Por amor de Dios, no habléis de privilegios! Husmeo tufillo de día de ejecución; el sol no quiere salir, y la niebla tiene mal olor.

SOEFT.—También Orange se ha marchado.

MAESTRO CARPINTERO.—¿Es decir, que todos nos han abandonado?

SOEFT.—Todavía está aquí el conde Egmont.

JETTER.—¡Gracias sean dadas á Dios, y fortalezcanle todos los santos, para que haga lo que mejor sea posible; es el único que puede algo!

VANSEN llega.

VANSEN.—Por fin encuentro un par de hombres que todavía no se han escondido.

MAESTRO CARPINTERO.—Hacednos la gracia de seguir vuestro camino.

VANSEN.—No sois cortés.

MAESTRO CARPINTERO.—No está el tiempo para cortesías. ¿Sentís todavía comezón en las espaldas? ¿Estáis ya curado?

VANSEN.—¡Preguntar á un soldado por su herida! Si yo me fuese á parar en unos cuantos palos más ó menos, no habría llegado á nada.

JETTER.—La cosa puede hacerse más seria.

VANSEN.—Parece que la borrasca que se está armando os hace sentir en los miembros cierta torpeza lastimosa.

MAESTRO CARPINTERO.—Tus miembros sí que se entumecerán en otra parte, si no te estás tranquilo.

VANSEN.—¡Miserables ratoncillos, que se desalientan en el momento en que el amo de la casa se procura un gato nuevo! Hay una pequeña diferencia, eso es todo. Pero no os dé cuidado; hemos de ir saliendo adelante poco á poco, antes como después.

MAESTRO CARPINTERO.—Eres un pillo atrevido.

VANSEN.—Compadre necio, deja hacer al duque. El gato viejo está como si en lugar de ratones hubiese comido demonios, y no los pudiese digerir. Deja á éste; también ha de necesitar, como los demás hombres, co-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RIVERA"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mer, beber y dormir. A mí no me da cuidado, si sabemos tomar bien el tiempo. Al principio va muy de prisa; más tarde, reflexionará que se pasa mejor vida en la despensa, debajo de los tocinos y descansando por la noche, que atrapando simples ratoncillos en el campo. ¡Bah, conozco á los gobernantes!

MAESTRO CARPINTERO.—¿Qué cosas se le ocurren á este hombre! Si yo en mi vida hubiese dicho algo parecido, no me tendría por seguro un solo momento.

VANSEN.—No tengas cuidado. ¡Dios, en el cielo, no se ocupa de nosotros los pobres gusanos, ¡cuanto y más el gobernador!

JETTER.—¡Blasfemo!

VANSEN.—De algunos sé yo, á quienes vendría mejor tener sangre de sastre, que valor de héroes.

MAESTRO CARPINTERO.—¿Qué queréis decir con eso?

VANSEN.—¡Hum! Me refiero al conde.

JETTER.—¡Egmont! ¿Y qué puede temer?

VANSEN.—Soy un pobre diablo y no tengo para vivir un año entero lo que él desperdicia en una noche, y, sin embargo, podría darme su renta de todo un año por tener mi cabeza un sólo cuarto de hora.

JETTER.—Te tienes por muy sabido y muy leído; los cabellos de Egmont son más cuerdos que tu seso.

VANSEN.—¡Vos lo decís! Pero no más agudos. Los señores son los primeros que se engañan. ¡Que no se fíe!

JETTER.—¡Qué gana de charlar! ¡Un señor como ese!

VANSEN.—¡Precisamente, porque no es un sastre!

JETTER.—¡Mala lengua!

VANSEN.—Yo le desearía, durante una hora, vuestro coraje en el cuerpo, para que le quitase la tranquilidad y le diese tal comezón y cosquilleo, que le obligase á salir de la ciudad.

JETTER.—Habláis sin juicio; está aquí tan seguro como las estrellas en el cielo.

VANSEN.—¿No has visto nunca correr una y desaparecer?

MAESTRO CARPINTERO.—¿Pero quién se había de meter con él?

VANSEN.—¿Quién? ¿Lo impedirías tú? ¿Promoverás una sublevación, si lo cogieran preso.

JETTER.—¡Ah!

VANSEN.—¿Expondrías por él vuestras costillas?

SOEFT.—¡Eh!

VANSEN (haciéndoles burla).—¡Ih! ¡oh! ¡uh! Haced exclamaciones con todo el alfabeto. ¡Dios le tenga de su mano!

JETTER.—¡Me asombra vuestro descaro! ¿Qué ha de tener que temer un hombre tan noble y tan justificado?

VANSEN.—El malo en todas partes lleva ventaja. En el banquillo del acusado se burla del juez; en la silla del juez, se complace en hacer del acusado un delincuente. Yo tuve que copiar una vez un proceso, donde el juez instructor recibió de la corte alabanzas y dinero en grande, por haber hecho, con su interrogatorio, un bribón de un hombre honrado, pobre diablo á quien se tenía ojeriza.

MAESTRO CARPINTERO.—Esa es otra mentira que aca-

báis de urdir. ¿Qué pueden hacer declarar á un hombre que es inocente?

VANSEN.—¡Oh, cabeza de pardal! Cuando no hay nada que sacar de un interrogatorio, se mete en él lo preciso. La honradez hace imprudentes y también arrogantes. Principian por preguntarles con dulzura, y el preso, orgulloso de lo que llama su inocencia, dice precisamente todo lo que un hombre sensato ocultaría. Sobre sus respuestas hace el inquisidor nuevas preguntas, acechando la más pequeña contradicción que pueda aparecer. Tiende entonces su red y deja suelto al pobre majadero, que, unas veces aquí dice demasiado, y otras allí demasiado poco; ó bien, Dios sabe por qué manía, calla una circunstancia, y al fin y á la postre concluye por dejarse amedrentar. Entonces estamos en el camino derecho. Y yo os aseguro que no busca la pordiosera con más cuidado de entre las basuras trapos viejos, que uno de estos fabricantes de bribones las circunstancias pequeñas, capciosas, desordenadas, desencajadas, borrosas, mutiladas, refutadas, con las cuales se ingenia y construye al fin un espantapájaros para ahorcar, al menos en efigie, al acusado. Y el pobre diablo puede dar gracias á Dios si se encuentra en estado de verlo colgar.

JETTER.—¡Vaya una lengua afilada!

MAESTRO CARPINTERO.—Con las moscas, todo puede pasar; pero las avispas se burlan de vuestras telas de araña.

VANSEN.—Eso, según las arañas sean. Mirad: este

duque tan largo tiene aspecto de araña crucera; no de las de vientre gordo, que son menos dañinas, sino de las de patas largas y cuerpo flaco, que nunca el cebo las engorda y tejen un hilo tan tenaz como sutil.

JETTER.—Egmont es caballero del Toisón de oro. ¿Quién será osado de poner mano sobre él? Sólo puede ser juzgado por sus pares, solo por la Orden reunida. Tu lengua larga y tu mala conciencia te arrastran á semejantes habladurías.

VANSEN.—¿Le quiero mal por eso? Yo puedo estar bien tranquilo. Es un señor excelente. Con una buena vareadura en la espalda despachó á alguno de mis buenos amigos, que otro cualquiera hubiera podido mandar ahorcar. Ahora, ¡largo de aquí! Os lo aconsejo yo mismo. Veo venir por allí una ronda que no tiene aspecto de fraternizar por ahora con nosotros, bebiendo un trago. Esperemos y observemos tranquilamente las cosas. Tengo dos sobrinos y un compadre tabernero. Cuando lleguen á probar... si no se domestican, será señal de que son lobos viejos.

El palacio de Culemburgo, morada del duque de Alba.

SILVA y GÓMEZ se encuentran.

SILVA.—¿Has cumplimentado la orden del duque?

GÓMEZ.—Puntualmente. Todas las rondas del día deben llegar en un momento determinado á diferentes

partes que les he marcado, y hasta entoncos estarán recorriendo la ciudad como de costumbre, para mantener el orden. Nada saben unas de otras; cada una cree que la orden ha sido para ella sola, y en un momento estará el cordón tendido y tomadas todas las avenidas del palacio. ¿Sabes el motivo de esta orden?

SILVA.—Estoy habituado á obedecer ciegamente. ¿Y á quién mejor que al duque? El resultado prueba en seguida que la orden está bien dada.

GÓMEZ.—¡Bueno, bueno! No es milagro que seas tan reservado y de pocas palabras como él, andando siempre á su alrededor. Á mí se me hace más extraño, por la costumbre que tengo del servicio italiano, que es más fácil. Por lo que toca á la fidelidad y obediencia, soy el mismo de siempre; pero héme acostumbrado á la charla y á razonar las cosas. Vosotros lo calláis todo, y jamás os permitís una expansión. Paréceme el duque algo así como una torre de metal sin puertas, cuya guarnición tuviese alas. Poco hace, le oí decir en la mesa, hablando de un hombre afable y alegre, que era como una taberna mala, cuyo rótulo anuncia aguardiente para atraer á los ociosos, los mendigos y los ladrones.

SILVA.—¿No nos ha traído hasta aquí callando?

GÓMEZ.—En contra de eso no hay nada que decir. El que ha sido testigo de su prudencia al sacar el ejército de Italia y traerlo aquí, cierto que ha visto algo: ¡pasar entre amigos y enemigos, entre franceses, realistas y herejes, atravesar la Suiza por medio de los confederados, manteniendo la más firme disciplina en una mar-

cha que se consideraba peligrosa; llevarla á cabo tan fácilmente y sin tropiezo! ¡Hemos visto algo y hemos podido aprender algo también!

SILVA.—Aquí mismo, ¿no está todo callado y tranquilo, como si no hubiera habido sublevación?

GÓMEZ.—Es decir; cuando llegamos estaba ya casi todo apaciguado.

SILVA.—Las provincias se han tranquilizado mucho más, y si todavía se remueve alguno, es para escaparse; aunque yo tengo para mí que también se les ha de cerrar el paso.

GÓMEZ.—Entonces es cuando ganará el favor del Rey.

SILVA.—Y nada nos conviene á nosotros como conservar el suyo. Cuando venga el Rey, cierto que ni el duque ni ninguno de los que él recomiende quedará sin recompensa.

GÓMEZ.—¿Tú crees que el Rey vendrá?

SILVA.—Hácense tantos preparativos, que me parece lo más probable.

GÓMEZ.—No me convencen.

SILVA.—Pues no lo digas. Aunque la intención del Rey fuese no venir, no es menos cierto que eso es lo que debemos creer.

FERNANDO, hijo natural de Alba.

FERNANDO.—¿No ha salido todavía mi padre?

SILVA.—Le esperamos.

FERNANDO.—¿Estarán pronto aquí los príncipes?

GÓMEZ.—¿Vienen hoy?

FERNANDO.—Orange y Egmont.

GÓMEZ.—(Bajo á Silva.) Comienzo á comprender algo.

SILVA.—Pues guárdatelo.

EL DUQUE DE ALBA. Al entrar él y adelantarse, retroceden los otros.

ALBA.—¡Gómez!

GÓMEZ.—(Se adelanta.) ¡Señor!

ALBA.—¿Has repartido las guardias y dádoles la orden?

GÓMEZ.—Con toda exactitud. Las patrullas de servicio...

ALBA.—Está bien. Aguarda en la galería. Silva te dirá el momento en que debes rennirlas y tomar las salidas de palacio; el resto, tú lo sabes.

GÓMEZ.—¡Sí, señor! (Vase.)

ALBA.—¡Silva!

SILVA.—Presente.

ALBA.—Todo lo que de antiguo vengo apreciando en tí: valor, resolución, ejecución enérgica, todo tienes que mostrarlo hoy.

SILVA.—Os doy gracias, porque me déis ocasión de mostrar que soy siempre el mismo.

ALBA.—En cuanto los príncipes hayan entrado á verme, vas á escape á prender al Secretario particular de Egmont. ¿Has tomado todas las disposiciones indicadas para coger á los otros?

SILVA.—Confíad en nosotros. Su hora les llegará con la exactitud de un eclipse bien calculado.

ALBA.—¿Los has hecho espiar de cerca?

SILVA.—Á todos, Egmont el primero. Es el único que desde que estáis aquí no ha cambiado de conducta. Todo el día montando ya un caballo, ya otro; recibe convidados, está en la mesa alegre y divertido, juega á los dados, tira al blanco y deslízase por la noche á casa de su amiga. Los otros, por el contrario, han hecho en su manera de vivir un paréntesis notable: se están en sus casas, y cuando se pasa por delante de sus puertas, parece como si hubiese dentro algún enfermo.

ALBA.—¡Pues fuerte en ellos, antes que sanen á pesar nuestro!

SILVA.—De eso, respondo. Según vuestras órdenes, los colmamos de officiosos honores; esto les da miedo, y nos devuelven la cortesía congojosos; conocen que lo más conveniente sería huir. Ninguno se atreve á dar un paso; vacilan; no pueden reunirse para ponerse de acuerdo, y detiéndoles el espíritu de cuerpo contra cualquier hecho atrevido, personal. Quisieran alejar de sí toda sospecha, y hácese cada vez más sospechosos. Con placer veo ya todo vuestro plan ejecutado.

ALBA.—Yo sólo me huelgo de lo conseguido, y aun de esto, no fácilmente, porque siempre queda algo que nos da qué pensar y qué temer. La suerte es asaz caprichosa para ennoblecer muchas veces lo común, lo vil, y para deshonar, con vulgares resultados, las acciones mejor combinadas. Aguarda la venida de los príncipes; después da á Gómez la orden de tomar las calles, y tú en persona corre á prender al secretario de

Egmont y á los otros que te se han designado. Hecho esto, vuélvete aquí y ponlo en conocimiento de mi hijo, para que me lleve la noticia al Consejo.

SILVA.—Espero poderme presentar delante de vos esta noche.

(Alba se va junto á su hijo, que durante este tiempo ha permanecido en la galería.)

SILVA (solo).—Apenas me atrevo á decírmelo á mí mismo, pero mi esperanza vacila. Temería que no pasasen las cosas como él piensa. Veo ante mí espíritus silenciosos y pensativos, que pesan en negras balanzas el destino de los príncipes y de un pueblo numeroso. Oscila la aguja pausada ya á un lado, ya al otro; los jueces parecen sumidos en reflexión profunda; por último, al soplo del caprichoso destino, álzase este platillo, bájase aquél, y todo queda decidido. (Vase.)

ALBA.—(Apareciendo con Fernando.) ¿Que te parezca la ciudad?

FERNANDO.—Completamente sometida. Recorro las calles á caballo como por pasatiempo. Vuestras bien repartidas guardias mantienen tan tirante el temor, que no hay quien á chistar se atreva. Aseméjase la ciudad á un campo, cuando á lo lejos brillan relámpagos de tempestad; no se ve pájaro ni animal alguno que no busque presuroso cualquier lugar de refugio.

ALBA.—¿No has encontrado á nadie?

FERNANDO.—A la plaza llegó Egmont con algunos jinetes. Nos saludamos; montaba un potro fogoso que le celebré. «Hay que darse prisa en amaestrar caballos,

porque hemos de necesitarlos muy pronto», me contestó de pasada. Díjome que hoy volvería á verme, y vendrá al Consejo según deseáis.

ALBA.—Ya volverá á verte.

FERNANDO.—Es el que más me gusta de cuantos caballeros aquí conozco; páreceme que hemos de ser amigos.

ALBA.—Como siempre, sigues siendo demasiado aturcido y poco reservado. Reconozco en ti, á cada paso, la ligereza de tu madre, que tan sin condiciones se rindió en mis brazos. Las apariencias te incitan y, por precipitación, formas muchas veces alianzas peligrosas.

FERNANDO.—Siempre me hallará obediente vuestra voluntad.

ALBA.—Perdono á tu sangre joven esta benévola ligereza, y tu alegría imprevisora. Pero menester es que no olvides la obra para que he sido aquí enviado, y la parte que en ella quiero darte.

FERNANDO.—Recordádmelo y no tengáis duelo de mí, cuando lo juzguéis necesario.

ALBA.—(Después de un rato de silencio.) ¡Hijo!

FERNANDO.—¡Padre mío!

ALBA.—Los príncipes llegarán en breve. Orange y Egmont van á venir. No es por desconfianza por lo que he dejado de decirte hasta ahora lo que va á suceder. De aquí no volverán á salir.

FERNANDO.—¿Qué es lo que meditáis?

ALBA.—Es cosa decidida el prenderlos. ¿Te sorprendes? Escucha lo que tienes que hacer; después sabrás

los motivos, que ahora no hay tiempo de explicártelos. Lo más secreto, lo más grande, quiero hablarlo y tratarlo contigo solo. Nos une un lazo muy fuerte; mereces mi cariño y pretendo engrandecerte. No quisiera inculcarte sólo la costumbre de obedecer, sino transmitirte el don de la palabra, del mando y de la ejecución; dejarte á ti un gran patrimonio, al Rey el más útil de sus servidores; legarte lo mejor que tengo, á fin de que nunca tuvieses que avergonzarte de estar entre tus hermanos.

FERNANDO.—¡Cuán grande, señor, no debe ser mi agradecimiento por ese amor que alcanzo yo solo, cuando un reino entero tiembla ante vos!

ALBA.—Oye ahora lo que hay que hacer. Tan pronto como los príncipes hayan entrado, deben tomarse todos los accesos del palacio. Gómez tiene orden de hacer esto. Silva correrá á prender al Secretario particular de Egmont y á los más sospechosos. Tú mantendrás en orden las guardias de la puerta y de los patios. Ante todo, ocupa la habitación contigua á esta, con los hombres de más confianza; luego, aguardas en la galería la vuelta de Silva, y entras á darme cualquier pliego insignificante para hacerme entender que su comisión está ejecutada. Esperarás después en la antesala la salida de Orange, y lo seguirás. Yo detendré aquí á Egmont, como si todavía tuviese que decirle algo. Al extremo del corredor pides á Orange su espada, llamas á la guardia, y en el acto haces que encierren á este hombre peligroso; á Egmont lo prenderé aquí.

FERNANDO.—¡Obedeceré, padre mío, con el corazón oprimido y con pesar, por primera vez!

ALBA.—Te lo perdono, en gracia de que éste es el primer día grande de tu vida.

Entra SILVA.

SILVA.—Un correo de Amberes trae esta carta de Orange, que no viene.

ALBA.—¿Eso dice el correo?

SILVA.—No; me lo dice el corazón.

ALBA.—¡Mi mala estrella habla por tu boca! (Después de leer la carta hace seña á ambos que se retiran á la galería, permaneciendo él solo en primer término.) ¡No viene! Aplazó el declararse hasta el último momento. ¡No se atreve á venir! ¡De manera que esta vez, contra toda verosimilitud, el cauto fué bastante cauto para ser temerario!... ¡Acércase la hora! Que ande un poco más el minuterero, y la grande obra estará hecha ó perdida ¡irremediablemente perdida!, pues ni se puede reparar, ni encubrir. Durante mucho tiempo lo he madurado todo con circunspección, pensando también en el caso presente, fijándome bien en lo que, una vez llegado, habría que hacer; y ahora que hay que hacerlo, difícil me es impedir que de nuevo el pro y el contra fluctúen en mi alma. Si él se me escapa, ¿es prudente prender á los otros? ¡Difiero esto y dejo escapar á Egmont con los suyos, con tantos que ahora, quizás hoy solamente, tengo en mis manos? ¿También á ti, indómito, te sujeta así el destino? ¡Qué pensado, qué bien preparado, qué grande,

qué hermoso plan! ¡Qué próxima la esperanza de su realización! Y ahora, en el momento decisivo, hállaste puesto entre dos males. Metes tu mano en el obscuro porvenir como en una urna electoral; la papeleta no está aun desdoblada, no sabes si ganas ó pierdes. (Quédase atento, como si oyese algo, y va hacia la ventana.) ¡Es él!... ¡Egmont!... ¡Tan ligero te mete aquí dentro tu caballo sin espantarse del olor de sangre, y del espíritu con la espada desnuda que á la puerta te recibe! ¡Te apeas! ¡Ahora estás con un pie en la sepultura! ¡Y ahora con los dos!... ¡Sí! pásale la mano y dale golpecitos en el lomo por última vez, en agradecimiento á su valiente servicio. No me queda elección; Egmont no te se entregará por segunda vez con la ceguera que ahora lo hace. ¡Ola!

FERNANDO Y SILVA.—(Salen apresurados.) Haced lo que os tengo mandado; no cambio mis propósitos. Suceda lo que quiera, yo detengo aquí á Egmont hasta que me traigas la noticia de Silva; después, quédate cerca. También á ti te priva el destino del servicio grande de prender, por tu propia mano, al mayor enemigo del Rey. (A Silva.) ¡Aprésúrate! (A Fernando.) ¡Ve á esperar! (Alba permanece solo algunos instantes, paseando á un lado y á otro.)

Entra EGMONT.

EGMONT.—Vengo á recibir las órdenes del Rey; á saber qué nuevo servicio reclama de nuestra lealtad, que siempre le pertenece.

ALBA.—Desea, ante todo, oír vuestro parecer.

EGMONT.—¿Sobre qué asunto? ¿No viene también Orange? Suponía encontrarlo aquí.

ALBA.—Es sensible para mí que nos falte, precisamente en esta hora importante. El Rey desea vuestro consejo y vuestra opinión, acerca de cómo se han de pacificar estos Estados. Al mismo tiempo, espera que contribuiréis poderosamente á calmar esta intranquilidad, cimentando, de una manera completa y duradera, el orden en las provincias.

EGMONT.—Vos sabéis mejor que yo que todo está ya asaz tranquilo, y más lo estaba antes de que la aparición de nuevos soldados perturbase los ánimos, con el miedo y la inquietud.

ALBA.—Parece queréis dar á entender que hubiese sido lo más cuerdo que el Rey no me hubiese puesto en el caso de haceros esta pregunta.

EGMONT.—¡Perdonad! No es de mi competencia juzgar si el Rey ha debido mandar el ejército, ó si hubiese sido más eficaz la sola influencia de la presencia de Su Majestad. Aquí está el ejército, el Rey no; empero nosotros seríamos harto desagradecidos y olvidadizos, si no recordásemos todo lo que á la Regente debemos. Preciso es confesarlo: con su conducta, tan prudente como animosa, con autoridad y fuerza, con persuasión y maña, supo apaciguar á los insurrectos, volviendo á sus deberes, en pocos meses, con admiración del mundo, á un pueblo sublevado.

ALBA.—No lo niego. El tumulto se ha calmado y to-

do parece haberse ceñido á los límites de la obediencia. Pero ¿acaso no depende de la voluntad de cada uno volverlos á traspasar? ¿Quién contiene al pueblo? ¿Dónde está el poder que lo sujete? ¿Quién nos afianza que más tarde siga mostrándose sumiso y leal? No tenemos otra prenda que su buena voluntad.

EGMONT.—¿Y no es la buena voluntad de un pueblo la más segura, la más noble de las prendas? ¡Pardiez! ¿Cuándo está un Rey más seguro, contra los enemigos de dentro y de fuera, que cuando están todos por uno, y uno por todos?

ALBA.—¿Y me persuadiréis de que esto sucede ahora aquí?

EGMONT.—Que el Rey publique amnistía general y tranquilice los ánimos; pronto se verá cómo renacen, con la confianza, el amor y la fidelidad.

ALBA.—¡Y que todos los que han ofendido la majestad del Rey y la santidad de la religión anden sueltos y libres por donde quieran! ¡Para ser ejemplo vivo y evidente á otros de que los crímenes monstruosos quedan impunes!

EGMONT.—¿No es el crimen de la insensatez, de la embriaguez, antes merecedor de disculpa que de cruel castigo? ¿Sobre todo, cuando hay tan fundada esperanza, cuando hay la certidumbre de que el mal no volverá á repetirse? ¿No estaban más seguros; no son más celebrados por sus contemporáneos y por la posteridad, los Reyes que han sabido perdonar, compadecer y despreciar una ofensa á su dignidad? ¿No se parecerán de este

modo más á Dios, que es demasiado grande para que pueda alcanzarle ninguna blasfemia?

ALBA.—Por eso precisamente. El Rey debe combatir por la gloria de Dios, y nosotros por la majestad del Rey. Nuestro deber es vengar lo que el soberano desdena. Por mi consejo, ningún culpado se ha de regocijar quedando impune.

EGMONT.—¿Y creéis que los vais á alcanzar á todos? ¿No estáis oyendo diariamente que el temor los dispersa y los hace salir del país? Los ricos se llevarán sus riquezas, sus hijos y sus amigos; los pobres irán á ofrecer al vecino sus manos útiles é industriosas.

ALBA.—Lo harán si no se les impide. Por eso el Rey desea ayuda y consejo de cada uno de los príncipes; de cada lugarteniente, severidad. No meras relaciones de cómo son las cosas y de lo que llegarían á ser, si se las deja ir por el camino que van; estar viendo un gran mal como espectadores, lisonjearse con esperanzas, confiar en el tiempo, dar alguna vez un golpe de efecto, como fiesta carnavalesca, para que tenga gran resonancia y parezca que se ha hecho algo, cuando no se quiere hacer nada; ¿no da motivos para sospechar que se vé con gusto la sublevación y si no se quiere excitar, se quiere, por lo menos, entretener?

EGMONT.—(Se siente invadir por la cólera; luego se domina, y al cabo de un rato habla sossegado.) No siempre se manifiestan las intenciones de los hombres, y las de muchos se interpretan mal. Si se fuese á dar oídos á lo que por todas partes se dice, la intención del Rey no sería tanto

governar las provincias por leyes claras y uniformes, asegurar el prestigio de la religión y dar al pueblo paz general, como subyugarlas en absoluto, desposeerlas de sus antiguos derechos, hacerse dueño de sus propiedades, limitar los hermosos fueros de la nobleza, fueros por los cuales solamente el noble quiere servir al príncipe, consagrándole su brazo y su vida. Se dice que la religión no es otra cosa que un tapiz magnífico, detrás del cual se fraguan con más facilidad toda suerte de planes peligrosos. Postrado el pueblo de rodillas, adora los símbolos santos en él tejidos, y detrás está en acecho el pajarero tratando de engatusarlo.

ALBA.—¿Es posible que tal oiga de vuestra boca?

EGMONT.—No es mi manera de sentir, es lo que se dice en todas partes por grandes y chicos, discretos y necios. Los neerlandeses temen el doble yugo. ¿Quién les garantizará sus libertades?

ALBA.—¡Libertad! Hermosa palabra para quien la entiende al derecho. ¿Qué libertad es la que quieren? ¿Cuál es la libertad del hombre más libre? La de obrar bien, y el Rey no se lo ha de impedir. ¡No! ¡No! No se creen libres, si no pueden perjudicarse y perjudicar á los demás. ¿No sería mejor abdicar, que gobernar semejante pueblo? Cuando amenaza de fuera el enemigo, en el cual no piensa ningún ciudadano, que sólo se ocupa de lo que le rodea y el Rey pide ayuda, entonces se dividen y aun se conjuran con el enemigo. Mucho mejor es atarles corto como niños, y como niños guiarlos por su bien. Desengañaos: un pueblo no

se hace nunca viejo; siempre permanece en la infancia.

EGMONT.—¡Qué pocas veces llega un Rey á la razón! ¿No deberían muchos fiarse en muchos y no en uno solo? ¿Y ni siquiera en uno solo, sino en el corto número que de él depende, en esas personas que envejecen á la vista del amo? ¡Ellos solos tienen, por lo visto, derecho de ser sabios!

ALBA.—Tal vez, porque no están entregados á sí mismos.

EGMONT.—Por lo cual, nadie de buen grado se entregará á ellos, hágase lo que se quiera. He contestado á vuestras preguntas, y lo repito, esto no va bien, ni puede ir. Conozco á mis compatriotas: son dignos de pisar la tierra de Dios que pisan. Cada uno hace de su persona un reyecito firme, activo, capaz, leal, y siempre pendiente de las antiguas costumbres. Es difícil ganar su confianza, pero fácil el conservarla. Obstinados y animosos, soportan la presión, pero no la opresión.

ALBA.—(Durante este tiempo ha mirado algunas veces en derredor) ¿Sostendríaís todo eso delante del rey?

EGMONT.—Tanto peor fuera que su presencia me atemorizara: tanto mejor para él y para su pueblo, que me inspirase valor y confianza para decirle más todavía.

ALBA.—Todo lo que sea útil puedo oírlo yo como él.

EGMONT.—Diríale: fácil es á un pastor llevar delante de sí un rebaño entero de ovejas; el buey tira de su arado sin oposición; pero al noble caballo que montéis, habéis de aprenderle el genio, no habéis de pedirle nada imprudente, ni con imprudencia. El ciudadano

quiere conservar su constitución antigua y ser gobernado por sus compatriotas, porque sabe cómo lo han de llevar, y porque espera de ellos desinterés y simpatía.

ALBA.—¿Y el príncipe no ha de tener poder para cambiar las antiguas costumbres? ¿No será precisamente ese su mejor privilegio? ¿Hay algo estable en el mundo? ¿Por qué lo había de ser la organización de un Estado? ¿No cambian toda suerte de relaciones en cada período de tiempo, y no es la causa de los muchos males de las constituciones viejas el que no se adapten al estado actual de los pueblos? Recéleme que estos derechos son tan agradables, porque dejan escondrijos, en los cuales, con daño del pueblo, con daño y perjuicio del Estado, los hábiles y los poderosos pueden escurrirse y esconderse.

EGMONT.—Y las variaciones arbitrarias, estas usurpaciones ilimitadas del poder supremo, ¿no son señales de querer hacer uno solo lo que no deben hacer muchos miles de hombres? Este quiere ser sólo libre, para poder satisfacer todos sus deseos, ejecutar todos sus pensamientos. Y aunque en él confiáramos por completo, como bueno y sabio Rey, ¿nos responderá de su descendencia? ¿Responderá de que alguno no nos gobierne sin consideraciones ni respeto? ¿Quién nos salvará de la arbitrariedad más completa el día que nos mande á sus servidores ó á sus allegados, que sin conocimiento del país ni de sus necesidades, dispongan las cosas á medida de su capricho, sin hallar quien se les oponga y sabiéndose libres de toda responsabilidad?

ALBA (durante este tiempo ha vuelto á mirar á todas partes).—Nada hay más natural que un Rey intente mandar por sí mismo y confíe sus órdenes, de preferencia, á aquel que le comprende y más incondicionalmente ejecuta su voluntad.

EGMONT.—Y es igualmente natural que el burgués quiera ser gobernado por quien nació y se crió en el mismo pueblo que él, comprende de igual modo la idea de derecho y de injusticia, y le mira como hermano.

ALBA.—Sin embargo, el reparto entre el noble y estos sus hermanos, es muy desigual.

EGMONT.—Hízose hace muchos siglos, y ahora se soporta sin envidia. Pero si se envían sin necesidad hombres nuevos, que por segunda vez quieran enriquecerse á costa de la nación; si se les ve hacer alarde de la codicia desvergonzada y absoluta, se levantaría una fermentación que no sería fácil contener.

ALBA.—Cosas me decís que no debería oírlas; soy también extranjero.

EGMONT.—Al decíroslas, os demuestro que no me refiero á vos.

ALBA.—Y sin embargo, quisiera no oíroslas. Envióme el Rey con la esperanza de que aquí encontraría el apoyo de la nobleza. El Rey quiere lo que quiere. El Rey ha visto, después de profundas reflexiones, lo que es provechoso al pueblo; esto no puede seguir ni permanecer como hasta aquí. Quiere el Rey restringir, por bien de sus subditos, imponerles, si es preciso, su propia salvación, sacrificar los ciudadanos que más daño

hacen, á fin de que los demás encuentren la tranquilidad y puedan gozar la dicha de un gobierno sabio. Esta es su decisión, y el mandato que yo traigo, hacérselo saber á la nobleza, y en su nombre pido consejo de cómo y no de lo que se ha de hacer, porque esto ya él lo ha decidido.

EGMONT.—Desgraciadamente, vuestras palabras justifican el temor del pueblo, el temor general. Es decir que ha decidido lo que ningún príncipe debía decidir. Debilitar, deprimir, destrozar la fuerza de su pueblo, su energía, la idea que tiene de sí mismo, para poder gobernarlo cómodamente. ¡Quiere alterar la esencia de su nacionalidad, en verdad, con la idea de hacerle más feliz! Quiere aniquilarlo, para que se convierta en algo, en otro algo. ¡Oh! ¡Si su intención es buena, va mal dirigida! No es que se le oponga resistencia al Rey; colócasele uno delante cuando ha tomado un camino falso y da los primeros pasos.

ALBA.—Según las disposiciones en que estáis, parece tentativa inútil querer ponernos de acuerdo. Pequeña idea tenéis del Rey y despreciable de su Consejo, si creéis que no haya sido todo previamente pensado, examinado, probado y pesado. No tengo encargo de discutir otra vez el pro y el contra. Pido al pueblo obediencia; á vosotros, jefes de la nobleza, vuestros consejos y vuestros brazos, como garantía de este absoluto deber.

EGMONT.—Péidnos nuestras cabezas y habremos concluido de una vez. A un alma noble, le es lo mismo

inclinarse la cerviz para este yugo que para el hacha. En vano he hablado tanto: no he conseguido otra cosa que agitar el aire.

FERNANDO llega.

FERNANDO.—Perdonad que interrumpa vuestra conferencia; he aquí una carta cuyo portador pide respuesta urgente.

ALBA.—Permitidme que vea lo que contiene. (Se aparta.)

FERNANDO (á Egmont).—¡Hermoso caballo han traído vuestros criados al venir á buscaros!

EGMONT.—No es de los peores; téngolo hace tiempo, y pienso deshacerme de él: si os gusta, quizá podríamos entendernos.

FERNANDO.—Que me place; lo veremos.

ALBA.—(Hace una seña á su hijo, que se retira al fondo.)

EGMONT.—Quedad con Dios, y dadme licencia para marchar. ¡A fe mía, nada tendría ya que deciros!

ALBA.—Afortunadamente el acaso impide que sigas descubriendo tus pensamientos. ¡Imprudente, pones de manifiesto los pliegues de tu corazón, y te delatas con más fuerza que podría hacerlo un adversario rencoroso!

EGMONT.—Ese reproche no me hace mella; me conozco lo bastante para saber hasta qué punto pertenezco al Rey, infinitamente más que muchos que, al servirle, se sirven á sí mismos. Con disgusto dejo este altercado sin poder hallar conciliación, y mi único deseo sería que pudiésemos pronto aunarnos en el servicio del Rey

con el bien del país. Quizá la presencia de los otros príncipes que hoy faltan, en un momento más feliz de nueva entrevista, consiga lo que hoy parece imposible. Con esta esperanza me retiro.

ALBA (haciendo al mismo tiempo una seña á su hijo Fernando).—¡Alto Egmont! ¡Vuestra espada! (Ábrese la puerta central y se ve la galería llena de soldados inmóviles.

EGMONT (que permanece un rato mudo por la sorpresa).— ¿Y este era el fin, el propósito para que me habéis llamado? (Empuñando la espada como si quisiera defenderse. ¿Acaso estoy desarmado?

ALBA.—De orden del Rey eres mi prisionero. (Al mismo tiempo entran por los dos lados hombres con armas.)

EGMONT (después de un momento de silencio).—¿Del Rey? ¡Orange! ¡Orange! (Después de otra pausa le entrega su espada.) ¡Tómala! Más veces sirvió para defender la causa del Rey, que mi propio pecho. (Sale por la puerta del centro. Los hombres de armas que están en la habitación le siguen; igualmente Fernando. Alba se queda. Cae el telón.)

ACTO QUINTO

Calle. Obscurece.

CLARITA. BRACKENBURGO. VECINOS.

BRACKENBURGO.—¡Por amor de Dios, queridita mía! ¿Qué es lo que os proponéis?

CLARITA.—¡Venid, Brackenburgo, no conocéis á los hombres! Seguramente le pondremos en libertad. ¿Hay algo que iguale al cariño que le tienen? Cada uno de ellos siente, dentro de sí, ¡lo juraría!... el más ardiente deseo de salvarlo, de apartar del peligro vida tan preciosa y de volver la libertad al que es libre por excelencia. ¡Venid! Sólo falta la voz que ha de reunirlos. Llevan en el alma el sentimiento de cuanto le deben, y saben que sólo su brazo poderoso aparta de ellos la perdición. Por él y por ellos vamos á aventurarlo todo. ¿Y qué aventuramos? Todo lo más la vida, que no vale la pena de conservarla, si él perece.

BRACKENBURGO.—¡Desdichada! ¿No ves que la fuerza nos sujeta con lazos de hierro?

CLARITA.—¡A mi no me parece invencible! No perdamos más tiempo en palabras ociosas. ¡Aquí vienen